RAFAEL UCROS DURAN*

Por Fernando Sánchez Torres

Conjuntamente la Directiva de la Sociedad Colombiana de Obstetricia y Ginecología y el cuerpo docente del Departamento de Obstetricia y Ginecología de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, me han hecho el encargo de ser su vocero en este acto conmemorativo del natalicio centenario del Profesor Rafael Ucrós Durán, y he aceptado con gusto la difícil encomienda, por tratarse de algo para mí espiritualmente significativo: recordar con gratitud a quienes en otrora contribuyeron a trillar el camino que hoy transitamos. Y precisamente ahora nos hemos dado cita para rendir homenaje a un ilustre maestro de la medicina colombiana, cuya vida y cuya obra merecen ser recordadas por todos aquellos que, en una u otra forma, aprovecharon su benéfico influjo. Hay que entender, desde luego, que de este no solo fueron usufructuarios los miles de enfermos que recibieron el salutífero efecto de sus manos prodigiosas, ni solo las muchas promociones médicas que tuvieron el privilegio de formarse al lado suyo, sino también la comunidad toda que en su momento lo vio y lo sintió vivir, la que es hoy y lo recuerda con nosotros, y las que han de venir cuando nosotros ya no seamos.

A pesar de esa proyección en el futuro de su generosa y fecunda existencia, puedo asegurar que contados, contadísimos médicos de las genera-

ciones últimas saben quién fue Rafael Ucrós Durán, e ignoran cuál fue su actuación en el panorama médico nacional y de qué manera contribuyó al desarrollo de la especialidad ginecológica. Culpa es de la falta entre nosotros de una cátedra de Historia de la Medicina, universal y vernácula. Además, es que los nuevos se mantienen hoy en actitud de olímpico desdén ante todo lo que ya fue y solo cuenta para ellos lo que está por venir. Esta posición de cara, corazón y mente hacia adelante no es, en verdad, censurable; los fines utilitaristas y pragmáticos con que está signada la época, la explican y quizás la justifican. Sin embargo, no hay que olvidar que quien conozca el pasado está mejor preparado para captar la complejidad y la continuidad de la evolución humana, y en particular de la actividad científica.

"Entre más lejos miremos hacia atrás —afirmaba Winston Churchill— más lejos podremos mirar hacia adelante".

Para juzgar a Rafael Ucrós Durán con equidad, vale decir, con natural imparcialidad, es necesario que nos traslademos a su época. Sólo así, enfocando en conjunto los hombres y

* Discurso pronunciado en el Auditorio de la Torre Docente del Centro Hospitalario, el 24 de Mayo de 1974.

las costumbres que lo rodearon, podremos justipreciar lo que fue en su momento y lo que legó a la posteridad. Hace cien años, el 26 de Mayo de 1874, en la casa solariega de la hacienda "La Angostura", en el Departamento del Huila, nació el varón que nos ocupa, vástago de José Eugenio Ucrós y Matilde Durán. Sus primeros estudios los adelantó en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá, y luego se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, graduándose bajo los mejores augurios el 21 de Agosto de 1897. Viajó enseguida a Europa para acrecentar sus conocimientos. Las Facultades de Londres y París lo acogieron, siendo en esta última donde encontró a quien iba a constituirse en el paradigma de su vida: Jean Louis Faure.

Sabido es cuán dominante y prolongada fue la influencia de la Escuela Francesa en el desenvolvimiento de las disciplinas hipocráticas y en la formación de sus cultores. Todo médico, de cualquier país del orbe, que aspirara a sobrepasar el nivel común de sus colegas, imprescindible era que estuviera algún tiempo en contacto con los legendarios maestros que contribuyeron, a lo largo del Siglo XIX y gran parte del actual, a hacer de París la "Ciudad Luz", la misma que describiera Emilia Pardo Bazán como el "alambique donde se destila la quinta esencia del pensamiento moderno".

Precisamente por esa influencia la Obstetricia y la Ginecología se mantuvieron mucho tiempo divorciadas, separación que todavía practican y defienden quienes se sienten herederos de la tradición francesa. La ginecología en los años finiseculares del XIX y principios del XX, era puramente orgánica y localista y, por lo tanto, del dominio de la técnica operatoria.

De ahí que todo se redujera a la extirpación del órgano enfermo, y que los grandes cirujanos fueran a la vez los grandes ginecólogos, o mejor, los eminentes cirujanos fueran extraordinarios operadores de ginecología, sin ser propiamente ginecólogos: Forgue, Marion, Mondor, Leriche, Faure. "Cirugía audaz y temeraria —escribió el español César Fernández Ruiz— en la que la habilidad manual y el valor personal jugaban el principal papel, y en cuya época no sabemos qué admirar más, si el meritorio esfuerzo y decisión de los cirujanos, a pesar de sus reiterados fracasos, o la fe y el fervor de las enfermas operadas, testimonio evidente del extraordinario prestigio de aquellos que llenaron con sus nombres, símbolos de respeto y admiración, una época difícil y necesaria en la evolución de la ginecología".

En el Hospital Brocá, de París, Rafael Ucrós Durán fue discípulo de uno de esos símbolos: Jean Louis Faure. Tanta fue la influencia de éste sobre aquél que Edmundo Rico llegó a afirmar que "Ucrós fue siempre —porque nunca dejó de serlo— el Faure colombiano. Para quienes conocimos y vimos en París operar a Jean Faure —continúa sosteniendo el profesor Rico— no cabe duda de que la semejanza técnica y el desparpajo manual entre los dos ginecólogos, era desconcertante; había en ellos la misma alma de cirujanos, idéntica pulcritud, igual estrategia operatoria y algo más: la conciencia quirúrgica".

Una vez reincorporado al país en 1902, Ucrós fue designado profesor de Clínica Quirúrgica. Para entonces, y según rezaba el Reglamento vigente desde 1891, en la Facultad de Medicina la Ginecología figuraba como una asignatura independiente pero en la práctica estaba adscrita a la Clínica de Patología Externa y Quirúrgica y

“para los efectos de la matrícula y de los exámenes —decía el parágrafo del Artículo 63— formarán un solo curso la Ginecología y la Clínica obstetrical e infantil”. Dando cauce a su inclinación y preferencia por la cirugía del tracto genital de la mujer, Ucrós solicitó y obtuvo autorización para fundar en el Hospital San Juan de Dios el Servicio de Clínica Ginecológica en 1903. Este hecho, de por sí, se constituyó en algo saludable para el cumplimiento adecuado de los programas académicos y para tecnificar el funcionamiento del hospital. Fue allí, en el Servicio de Ginecología, donde se establecieron por primera vez normas severas de asepsia y antisepsia quirúrgicas y se creó un sistema de registro y estadística.

“La era aséptica de la cirugía —recordaba en alguna ocasión el mismo Ucrós Durán— tardó algunos años en venir. Terminaba sus estudios en los principales centros europeos, a fines de nuestra desgraciada última guerra civil, toda una brillante generación de jóvenes médicos. Empapados en las teorías microbiológicas del Instituto Pasteur de París, en las sabias lecciones de Roux y Metchnikoff, de No-card y Laveran, y asistiendo diariamente a las Clínicas de los más notables cirujanos, como Terrier, Pozzi, Doyen, Tuffier, Richelot, Hatmann, Quénu y tantos otros, era natural que en sus cerebros germinara poderosa la idea de implantar en su país esta brillante rama del arte de curar. Así sucedió en el año de 1900 y los siguientes”. De esa generación que menciona el profesor Ucrós, él y su consanguíneo Zoilo Cuéllar Durán, fundador de la Clínica Urológica, fueron quienes, desde sus respectivas cátedras, difundieron la teoría y la práctica de los principios de la asepsia. No puedo, porque fuera una tremenda injusticia histórica, preterir ahora de

entre esta pléyade brillante, el nombre de Juan Evangelista Manrique, cuyas hazañas quirúrgicas, particularmente en el campo ginecológico, no tienen par en la evolución de dicha especialidad en Colombia. La pasión política, que dominaba todo en los años en que le tocó ejercer en nuestro medio a este pionero de la cirugía nacional, lo obligó a convertirse en maestro sin cátedra formal, pues era en su propia casa donde exponía, con inimitable elegancia y sapiencia, las nuevas teorías de la asepsia y antisepsia, como también otros conceptos novedosos en cuestiones de medicina, y de manera preferencial en lo tocante a la ginecología. Solo hasta 1907 se le reconoció a Manrique cuánto valía, designándolo oficialmente profesor de cirugía.

Después de esta obligada disgresión, penetremos en los viejos claustros de Santa Inés para echar una ojeada a las instalaciones quirúrgicas del Hospital San Juan de Dios y darnos cuenta de cómo funcionaban. El hospital, en la primera década de este siglo, contaba con tres salas de operaciones: una en el pabellón de Clínica Externa de hombres, otra en el de Clínica Externa de mujeres y la tercera en el Servicio de Ginecología. La de hombres era la más moderna; disponía de sector para el instrumental y para las conferencias de los cirujanos, de área para el lavado y desinfección de las manos, y de la cirugía propiamente dicha, que por tener una galería semicircular destinada a los estudiantes, se le designaba “anfiteatro”. Por su parte, a las salas de cirugía de la Clínica Externa de mujeres y de Ginecología, no se les podía dar exactamente el nombre de anfiteatros pues eran pequeñas piezas adaptadas al servicio quirúrgico, situadas, una y otra, al pie de sus correspondientes enfermerías. El ciruja-

no y sus ayudantes, despojados de sus sacos, entraban en mangas de camisa a la sala de operaciones; luego se lavaban y desinfectaban las manos y se cubrían con una blusa esterilizada al autoclave. El gorro y los tapabocas aún no se estilaban en el hospital; los guantes de caucho comenzaban a usarse, pero había discusión acerca de si debían emplearse en las intervenciones y curaciones sépticas, o si, por el contrario, debían utilizarse exclusivamente para las operaciones asépticas. El procedimiento establecido para conseguir la esterilización del agua de uso quirúrgico era la ebullición. Oigamos a Joaquín Leal cómo describe en su tesis de grado lo que sucedía en el Hospital San Juan de Dios: "Casi en el centro del hospital existe la cocina, cuya hornilla colocada en la parte media del salón, tiene una multitud de calderos de cobre, de gran capacidad, destinados a la preparación de los alimentos para los enfermos. Uno de aquellos calderos contiene permanentemente una buena cantidad de agua que, para decir verdad, ignoro si siempre entra en ebullición. De los servicios de Clínica Quirúrgica, Ginecología, etc., van los enfermeros o asistentes a llevar aquella agua semiaséptica en baldes o vasijas esmaltadas que no han sufrido previo **flambaje**, y que las personas encargadas de los oficios culinarios sacan de dicho caldero con una cubeta que no ha sufrido esterilización".

Es de suponer, por este relato de Joaquín Leal, cuán frecuente sería la infección posquirúrgica. Sin embargo, en el Servicio de Ginecología no lo era tanto pues el profesor Ucrós, con plausible celo, trataba de eliminar toda probable causa de infección. Muestra de ello es lo declarado por Rafael María Graetz en 1908: "Durante nuestro internado nuestro presidente de tesis, profesor Rafael Ucrós, hacía

que las aguas se esterilizaron debidamente en vasijas destinadas únicamente para ese objeto. Aprendimos allí a usar compresas secas, tales como se extraían del autoclave, para evitar nuevas causas de error, humedeciéndolas".

El otro aspecto sobresaliente de la labor adelantada por Ucrós Durán en el Servicio de Ginecología fue, como mencioné antes, la creación de un archivo estadístico. Cuando en la sesión del 20 de Agosto de 1909 presentó a consideración de la Academia Nacional de Medicina un informe de las actividades de la Clínica a su cargo, se puso de presente, fuera de las dotes de organizador que tenía, la importancia de los registros médicos. El caso aislado, que hasta entonces era el único material de publicación verbal o escrita, comenzó a ser relegado para dar paso a la suma de casos, de mucho más valor científico.

En 1910 el profesor Ucrós fue nombrado Secretario de Gobierno del Departamento de Cundinamarca y tres años después Gobernador. Desde esta posición, pensando siempre en ese "emporio de las miserias humanas", como llamara Edmundo Rico al Hospital San Juan de Dios, inició las gestiones necesarias para adquirir los terrenos de los molinos de "La Hor-túa"; en 1914 se comenzó a construir en aquellos el nuevo nosocomio. En 1926, en su condición de Director del Hospital San Juan de Dios —cargo que desempeñó durante veintidos años— y gracias a su indeclinable tesón y entusiasmo, emprendió el traslado a los nuevos pabellones, adquirió la dotación y organizó su funcionamiento. En 1946, la Junta de Beneficencia, de la cual formó parte en varias ocasiones, reconoció su impropia labor condecorándolo con la Gran Cruz de la Beneficencia de Cundinamarca.

Como ya anoté, el doctor Ucrós se vinculó en 1902 a la Facultad de Medicina como docente de Clínica Quirúrgica y regentó luego la cátedra de Ginecología por cerca de siete lustros. Miembro del Consejo Directivo de la Facultad en repetidos períodos, llevó la iniciativa de establecer los concursos para externos, internos y jefes de clínica. En 1939 la Universidad Nacional lo distinguió con el título de Profesor Honorario.

Detengámonos aquí un instante para apreciar lo que Ucrós Durán fue como cirujano y como maestro de este arte. Antes he transcrito el concepto que de él se formara Edmundo Rico equiparándolo con Jean Louis Faure. Pero no solo fue el apasionante y apasionado psiquiatra el que tuvo tan elevada opinión de Ucrós. Para Zoilo Cuéllar era el primero de los cirujanos de la época: "Ninguno de nosotros —dijo— posee los conocimientos anatómicos, la técnica maestra, la asepsia, el tino en los cuidados posoperatorios ni los exiguos porcentajes de letalidad que, en su práctica quirúrgica, él nos ofrece". También varios de sus discípulos dejaron testimonio fehaciente de las cualidades que lo llevaron al sitial de privilegio. Jorge Bejarano expresó: "La clínica ginecológica no pudo tener un más adecuado fundador, porque además de que el bisturí era en sus manos chispa prodigiosa de rápidos efectos, la escena quirúrgica se desarrollaba en un ambiente de impecable asepsia y de tiempos precisos. Toda la anatomía ginecológica mostrábase a la vista de los discípulos con líneas y caracteres nítidos y precisos. Nadie llegó a arrebatarse esta primicia y este dominio". Por su parte, Gonzalo Esguerra Gómez lo definió así: "Allá en su cátedra de Ginecología fue el maestro en el sentido más amplio y más moderno de la palabra. No qui-

so ser el expositor que brilla por la elocuencia de sus palabras y por las frecuentes citas que intentan hacer gala de erudición. Comprendía que su ciencia no era para dilapidarla en palabras que el viento se lleva, y buscaba en los discípulos los continuadores de su obra. Por eso los enseñaba uno por uno, amigablemente, y con paciencia y cariño no igualados les mostraba diariamente todo aquello que podían necesitar en la práctica, para dominar el arte de la cirugía". Podemos deducir en base a lo expresado por estos testigos de excepción, que Rafael Ucrós Durán, además de haber sido el creador y sostenedor entre nosotros de una escuela quirúrgica ginecológica, fue un maestro, un devoto de la maestría. Pensemos que maestro no es solo el que enseña algo sino esencialmente el que es capaz, en gracia y por efecto de un don carismático, de hacerse admirar, respetar y querer de su discipulado. Y Ucrós tuvo, en grado sumo, la virtud del discipulismo, como aquel otro insigne maestro que se llamó José del Carmen Acosta. Siempre estuvo dispuesto a dar lo que tenía para dar, que bastante era, y nunca sintió celos del empuje de los que venían atrás. El servicio a su cargo estuvo permanentemente abierto a las nuevas inquietudes y llegado el caso, sin dejar de ser maestro, se colocaba con sencillez en el lugar del discípulo. En honor a la verdad histórica, él no fue, como alguien afirmara, el corifeo entre nosotros de la operación de Wertheim. En agosto de 1919, Alfonso Esguerra Gómez practicó en Colombia la primera intervención de este tipo, siendo su ayudante, precisamente, el profesor Ucrós. Más luego este llegaría, por su admirable disposición quirúrgica, a dominar la histerectomía-linfadenectomía. Vale la pena recordar también que en 1918, en la Clínica de Marly, de la cual fue

cofundador, llevó a cabo con éxito la primera gastrectomía hecha en Bogotá. El doctor Ucrós fue **fellow** del Colegio Americano de Cirujanos.

Retirado de la cátedra en la Universidad Nacional, continuó su actividad docente como Jefe de los servicios quirúrgicos del Hospital San José (1945) y luego como Director de la Escuela de postgraduados y perfeccionamiento quirúrgico del mismo hospital (1946). Durante dos períodos consecutivos, los comprendidos entre 1934 y 1938, ocupó, con eficaz brillantez, la presidencia de la Academia Nacional de Medicina. Al año siguiente el Gobierno Nacional lo condecoró con la Cruz de Boyacá, en la categoría de Caballero. En 1946, por iniciativa de un su discípulo agradecido, el doctor Daniel Brigard Herrera, fue colocado en uno de los muros de la sala de ginecología del Hospital San Juan de Dios un medallón con la efigie del maestro. Este testimonio de gratitud fue trasladado posteriormente al Instituto Materno Infantil y hoy, como mudo y perenne vigilante, reposa a la entrada de los quirófanos de ginecología.

A los 73 años, el 21 de Marzo de 1947, falleció en Bogotá el profesor Ucrós Durán. "Con su muerte —dijo Edmundo Rico en discurso póstumo— enlutáronse por igual la cirugía y la deontología patrias".

No estoy seguro de haber cumplido con suficiencia el encomendamiento que me hicieron mis colegas en ocasión tan significativa y solemne. Quizás me faltaron condiciones para hacer el elogio recordatorio de Rafael Ucrós Durán, tan caro al patrimonio espiritual de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, al del Hospital San Juan de Dios y al de la cirugía y la ginecología colombianas.

Me consuela la certidumbre de que otros vendrán más tarde a ocuparse mejor de su vida y de su obra, pues habiendo sido tan fructíferas y perdurables, una y otra seguirán evocándose con el transcurrir del tiempo. "Si el pasado —decía el maestro Guillermo Valencia— necesita distancia para sus perspectivas, fuerza es que vean mejor la grandeza de los grandes las generaciones por venir".